

verdadera crisis de llanto. En ambos casos están hartos de aburrirse en el mundo en que viven, en ambos casos acaban de vivir mal ahora y aquí, y en ambos casos estás dispuestos a irse o a que se los lleven a cualquier parte. De preferencia a algún lugar exótico (tercer mundo), de preferencia a algún lugar soleado. Hablan muy poco sobre sus padres o hermanos, y uno nunca sabrá si es porque nunca han sabido mucho sobre eso, porque han olvidado mucho en ese desgaste permanente de vivir diversos fracasos y un solo aburrimiento, o porque hay cosas de las que jamás hablan con nadie. Ni con ellos mismos.

No leen. O llevan a algún autor favorito escondido en el bolso, por timidez. Les encanta, eso sí, escuchar historias mientras beben o fuman. Historias contadas por cualquiera y que a menudo son el contenido de una película o de una novela o del buen fin de semana que pasó el que está contando. Miran con admiración, sus ojos rejuvenecen, encuentran *simpá* al narrador, les gustaría beber más con él. Pero el grupo es grande y otros conversan y surgen discusiones sobre problemas de nuestro tiempo o hechos del día. Podrá notar el observador cómo aquellos ojos se ausentan, cómo se repliegan, cómo se van. Y si alguno por ahí trae a colación su marxismo, su maoísmo, su guevarismo, estos jóvenes personajes envejecidos caen en el más profundo de los sueños. De pronto, se han agotado; de pronto, han sumado sus agotamientos que son también aburrimientos largos, perpetuos, en una sociedad que sólo los atraería si ahora y aquí... Se han dormido sin decir más. No hay posters de nadie en sus paredes. Ni siquiera de Humphrey Bogart. Veintiuno, veintidós, veintitrés años.

"Mayo del 68 no tendrá un mañana, dijo Alain Touraine. Pero sí un futuro. "Era la época en que los sociólogos se preocupaban intensamente por la evolución de los movimientos estudiantiles. Hoy los sociólogos han olvidado a estos jóvenes, a menudo estudiantes, a menudo desertores a medias de los campus universitarios, y el propio Touraine reconoce haberse ocupado de ellos durante las fracasadas huelgas del año 76, únicamente con el afán de perfeccionar un nuevo método de análisis de los movimientos sociales. Para el proletariado, al que sus antecesores del 68 trataron tanto de acercarse, continúan siendo

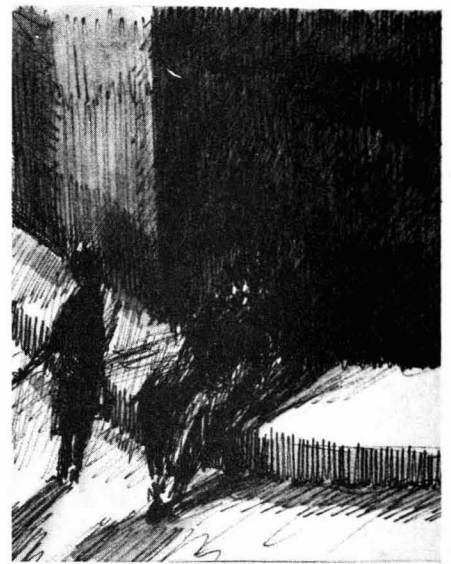
seres privilegiados, hijos de papá. Ellos, por su parte, detestan los valores que la sociedad actual les propone. El consumismo los agota, la publicidad los angustia, los hace sentirse miserables. El poder, las multinacionales son culpables de ese estado de ánimo que hace que estén dormidos incluso cuando se toca este tema. Son desesperantes, son aburridos, son conmovedores, no saben vivir... Tantas cosas se podría decir de ellos. Pero ellos sólo parecen poder decir; ¡sálvese quien pueda!

DESDE ESPAÑA

FEDERICO ÁLVAREZ

LA CULTURA, LA COMIDA Y LA MUERTE DE BLAS

Los encuentros culturales abiertos que empiezan a producirse en España con cierta frecuencia están poniendo de relieve, no solamente la variedad de tendencias que existen en el país, sino también lo difícil que resulta movilizar de nuevo una sociedad cuarenta años desmovilizada —¿no era ese el propósito del franquismo?— tanto en el campo de la política como en el de la vida social y cultural. Claro que hubo y hay pintores y poetas, arquitectos y músicos, pero el diálogo abierto desde las posiciones más dispares no sólo estaba lejos de ser costumbre, sino que, de hecho y de derecho, estaba prohibido. La lucha contra suspensiones oficiales y amenazas semioficiales que todavía tiene que mantener, por ejemplo, el programa semanal de televisión *La clave*, debate abierto y en directo sobre grandes problemas públicos (el divorcio, la pena de muerte, el derecho a la huelga, el aborto, las drogas, etc.), con un panel siempre distinto de seis especialistas nacionales o extranjeros, y con preguntas telefónicas directas de los telespectadores, es una muestra elocuente de esta confusa situación. A tran-



cas y a barrancas, pisando cada vez terrenos más polémicos, *La clave* ha logrado llegar a su centésima aparición, pero se ciernen sobre el programa negros nubarrones, y se han suspendido varios debates, ya anunciados, sobre la homosexualidad, la Banca española, el caciquismo político...

En el campo literario las cosas no andan mucho mejor, aunque proliferan —es una ventaja— las guerras y guerritas entre posiciones antitéticas que, poco a poco, van cristalizándose en torno a revistas, editoriales y suplementos culturales. Recuerdo la "de las Vistillas" como una especie de apertura de temporada. También hubo su revuelo en el I Congreso de Escritores Iberoamericanos reunidos bajo el sombrero contestado del Cabildo Insular de Canarias, y circulan ya por ahí las inevitables anécdotas de fin de fiesta. Tuvo por lo menos la gran virtud de habernos permitido volver a ver a los amigos de México, y andar de aeropuerto y tasca primero con Arturo Azuela, que llegó de adelantado, y luego con Rulfo, José Emilio Pacheco y Monsiváis. Ellos habrán contado ya al lector mexicano las incidencias del Congreso y las anécdotas archiconocidas —¿no son siempre las mismas?— que yo, que no asistí a la reunión, sólo conozco de oídas. (Onetti se acerca parsimonioso a la mesa en que come entre quejas —todos los delegados se quejaron de la comida— José Emilio Pacheco. "Y bien, querido José Emilio— le dice Onetti poniendo una mano en su hombro—, ¿qué le pareció mi ponencia?". Respuesta previsible de José Emilio: "Muy buena, maestro". Y Onetti, triunfante: "Pues, qué raro, porque no he presentado ninguna".

Murió Blas de Otero. Quiso ser enterrado en el Cementerio Civil, junto a los réprobos y los herejes. Extraño

cementerio. Recién llegado a España lo visité para poner unas flores en la tumba de Julián Grimau, cuyo cadáver se había permitido no hacía mucho trasladar allí después de intensas gestiones ante las autoridades franquistas. Y ví entonces las tumbas del teniente Castillo, cuyo asesinato provocara el de Calvo Sotelo en julio de 1936; la de Juanita Rico, baleada por los falangistas en 1934; la de Pablo Iglesias, Pi y Margall, Salmerón; las de los institucionistas, Sanz del Río, Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Jiménez Fraud. Allí judíos, protestantes, masones, agnósticos, socialistas, comunistas, anarquistas. Quise entonces fotografiar algunas de aquellas tumbas en el silencio de aquel día de entresemana (todavía no había conseguido trabajo) y salió un energúmeno, el cuidador del cementerio, prohibiéndomelo a gritos. No le hice caso, y, al salir, le vimos hablando iracundo por teléfono, llamando sin duda a la policía y señalándonos con el dedo. Volvimos de nuevo el 20 de abril del año siguiente —aniversario del fusilamiento de Julián Grimau— ya caída la tarde, y nos encontramos su tumba cubierta de claveles; y luego el primero de mayo —intento de homenaje a Pablo Iglesias— en que reconocí a Bustelo a pesar de sus barbas (y me presentó entonces a Felipe González...). La policía nos impidió la entrada al cementerio y hubimos de irnos de allí con las espaldas tundidas. Entramos sin embargo —comenzaban ya otros tiempos— cuando llegó de Francia el cadáver de Largo Caballero, y, más tarde, cuando enterramos a los abo-

gados asesinados en el bufete de la calle de Atocha. Entierros inolvidables, tumultuarios.

No lo fue el de Blas. Acaba de comenzar el verano, era fin de semana y llovía —el cielo mandó un lento sirimiri vasco en su homenaje. La gente se entería tarde. Ya no hay cortejo de miles de personas: Tal vez éramos trescientos. Umbral dice que ciento cincuenta. Fanny Rubio leyó unos versos de Blas:

Si me muero que no me mueran antes

de abriros el balcón de par en par...

Y luego la gente no quería irse. Hacía tiempo que los sepultureros, con esa lógica indiferencia que siempre nos asombra, habían cubierto la fosa de tierra, y Sabina, muy seria, miraba sin ver el pequeño montículo que era, en la superficie revuelta de terrones, la réplica física de un hombre que ya no volveremos a ver. "Un poeta como la copa de un pino", dijo alguien a mi lado. Y estuvimos allí unos minutos largos bajo la lluvia. Porque nadie quería irse.

Y un par de semanas después, en el homenaje que se le rindió en la Plaza de Toros de las Ventas, no cabía sin embargo un alfiler. Cerca de cincuenta mil personas nos reunimos allí a oír versos y canciones durante más de tres horas. Recordé el libro de versos de Blas que editó la UNAM hace tal vez veinte años. *En castellano*, se titulaba. Porque aquel poeta vasco, vasquísimo (lo he visto con boina metido en la cama) escribía en castellano.

Crítica al sesgo

POR
JOSÉ MIGUEL OVIEDO

RIBEYRO, LA IRONÍA; CISNEROS, LA DISTANCIA

"Imaginar un libro que sea desde la primera hasta la última línea un manual de sabiduría, una fuente de regocijo, una caja de sorpresas, un modelo de elegancia, un tesoro de experiencias, una guía de conducta, un regalo para los estetas, un enigma para los críticos, un consuelo para los desdichados y un arma para los impacientes. ¿Por qué no escribirlo así? Sí, pero ¿cómo? y ¿para qué?". El párrafo es magnífico, no sólo por su honda verdad, no sólo porque va levantando una pirámide de sueños que al final destruye lanzándola al abismo y dejándonos perplejos, sino además porque resume el drama íntimo del acto de escribir, su grandeza y su miseria, su esencial equívoco. ¿Quién es el autor de esas líneas? Julio Ramón Ribeyro, un escritor peruano que, por una ironía que confirma su acierto en el pasaje, es leído y estimado en su país pero casi ignorado fuera de él, pese a eventuales traducciones y reediciones en el extranjero. Ribeyro (Lima, 1929) comenzó a escribir y publicar en su ciudad natal, allá por los años 50, pero ha producido su obra narrativa madura en Europa, básicamente en París, donde ha vivido casi sin interrupciones desde 1953. Hoy, con siete distintas series de cuentos, tres novelas, entre otros libros y trabajos literarios, sigue siendo un marginal, todavía demasiado joven para ser considerado un maestro (como Arguedas) y demasiado viejo como para remontar la ola del "boom" y aprovechar su impulso.

Y, sin embargo, hay que reconocer que, en sus cuentos, más que en sus novelas, es un auténtico escritor, un creador de un mundo imaginario inconfundible y un artífice de impecable conciencia del oficio (tanto en

